



QUE LA FE DE MARÍA NOS DE FUERZA PARA TRABAJAR POR NUESTRA PATRIA

Homilía de Fray Raúl Vera, O.P., Obispo de Saltillo,
pronunciada en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe
con motivo de la Peregrinación Anual de la Diócesis de Saltillo
Ciudad de México, 11 de julio de 2018

Agradecemos a Dios que nos concede estar nuevamente como hermanas y hermanos reunidos aquí en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, a donde hemos venido a postrarnos con mucho cariño y confianza a sus pies, para aprender de ella, y de su fe en Dios y su amor por nosotros, hijas e hijos suyos. Estamos aquí para fortalecer nuestra esperanza y continuar caminando en la construcción de nuestra patria, especialmente en la región que Dios nos ha encargado a quienes pertenecemos a la Diócesis de Saltillo, territorio de México, conformado por la zona sureste y central del estado de Coahuila.

Hemos escuchado en el texto del Evangelio de Lucas que se nos ha proclamado, cómo María llegó a la casa de Isabel su parienta y al dirigirla su saludo, apenas éste llegó a sus oídos, el hijo que ella llevaba en su seno -que sería Juan Bautista- saltó lleno de gozo. Isabel en ese momento quedó llena del Espíritu Santo y, llena de gozo también, saludó a María con estas palabras: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a verme? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno. Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor” (Cf. Lc. 1,39-45). Meditemos un momento en las características que acompañan la fe de María en Dios, para que nos llevemos esta riqueza a nuestros hogares, lugares de trabajo y a todos los espacios en donde transcurre nuestra vida, incluyendo los espacios eclesiales en los que nos movemos.

Nos encontramos en primer lugar con su alegría, por haber sido llamada a ponerse al servicio de la salvación del género humano. Nadie como ella, que es de las personas más humilladas de Israel, conoce las penalidades a las que nos ha orillado el pecado, el egoísmo y la prepotencia con el que actuaba el imperio invasor de la tierra donde ella convive con las demás personas, humilladas y vejadas. En su corazón ha venido guardando todo lo que las Escrituras decían del profeta del que habló Moisés, que sería como él mismo y en cuya boca Dios pondría sus palabras para comunicarlas al pueblo (Cf. Dt. 18,18). Especialmente los pobres como ella tenían puesta toda su esperanza en aquel sobre quien se posaría el Espíritu del Señor para traer la liberación de su pueblo (Cf. Is. 62,1-2).

Otra característica de la fe de María consiste en que no fue llamada a ser cercanísima colaboradora de Dios por ser una persona importante a los ojos del mundo, sino por su condición de ser de

las y los pequeños que sólo en Dios veían su salvación y liberación. Por su fe, ella entiende que Dios no necesita de personas autosuficientes, letradas y con cargos de importancia, pues estarían ya muy ocupadas por múltiples compromisos, relacionados con sus intereses personales. No, Dios necesita de personas disponibles a desgastar su vida y su tiempo en bien de las y los demás. Por ello, apenas supo de la situación delicada de su prima Isabel, a quien no obstante su avanzada edad, Dios le había concedido un hijo (Cf. Lc. 1,36), María entendió la necesidad que tenía Isabel de ella, y presurosa se puso en camino para acudir en su auxilio (Cf. Lc. 1,39-56). Hemos escuchado en el Evangelio que se nos proclamó el precioso intercambio que entre ellas se dio como mujeres dispuestas al servicio de Dios y de los demás (Cf. Lc. 1,39-48). Una fe sin obras es una fe vacía, la fe con obras crece en quien la ha recibido, y se transmite a las demás personas. Nuestra fe brilla ante los demás por las obras con las que la transmitimos (Cf. Mt. 5,16).

También la fe de María la lleva a comprender de manera integral que su disposición ante Dios se convierte en disposición ante las personas con las que ella comparte su vida. Esto la lleva a hacer suyas todas las preocupaciones y necesidades de sus semejantes. El episodio de las bodas de Caná en el Evangelio de Juan, da cuenta de ello (Jn. 2,1-11). La espiritualidad que surge del corazón de María, animado por su fe, la lleva a ser madre y compañera de todos. Esto lo muestra el mensaje que a través de Juan Diego nos dejó, cuando le habló de las intenciones de su visita, pues necesitaba un lugar desde donde ella pudiera escuchar nuestras penas y dolores, para ponerles remedio. La evolución histórica que la devoción Guadalupana ha alcanzado con el tiempo en México y en todo el Continente Americano, nos demuestra que María en estas tierras de América, se ha hecho toda ella para todos.

Finalmente, la fe de María también la convierte en una referencia imponente para que la Alianza Nueva que Jesucristo trae a la tierra de parte de su Padre, se haga plenamente realidad en la historia humana. En el Tepeyac, al llamar a Juan Diego para que fuera su embajador ante el obispo de México, realiza un signo muy poderoso para los conquistadores, pues el indio San Juan Diego representaba a los habitantes de estas tierras, vejados con un sinnúmero de atropellos que llevaban consigo esclavitud y muerte. Al realizar todo esto los movía la ambición de poder y riqueza. Con el gesto de llamar al pobre y humillado, como primer destinatario de su mensaje, María se pone en la misma línea que su Hijo el Señor Jesús cuando iniciaba el anuncio del Evangelio en Galilea (Cf. Lc. 4,16-22).

El Evangelio de Lucas en la Narración de la visita de Jesús a Nazaret, en los primeros tiempos de su predicación pública nos habla de las opciones de Jesús para llevar adelante la Nueva Alianza que Él viene a establecer de parte de su Padre Celestial con la humanidad entera (Ibid.). Dicha Alianza tiene como objetivo recuperar el verdadero sentido de la vida del hombre en la tierra, sentido que se perdió a causa del pecado.

San Lucas nos dice que Jesús realizó una visita a Nazaret, pueblo donde se crió, y como era su costumbre cuando vivió ahí, el sábado fue a la Sinagoga, el jefe de la Sinagoga le entregó el volumen del texto de Isaías, Jesús lo desenrolló y se encontró con este escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Is. 61,1-2). Al terminar la lectura Jesús dijo: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír» (Lc. 4,21). Con ello

confirmaba Jesús que la persona a la que se refería el profeta, ungida por el Espíritu del Señor para realizar el programa señalado en el texto, era Él.

En el texto de Isaías leído por Jesús incluidos los siguientes versículos de la primera parte del capítulo 61 de Isaías, Dios anuncia por boca del profeta cuáles serán las condiciones de las personas y comunidades en la tierra liberada del pecado por el sacrificio Pascual de Cristo. Esto será experimentado cuando quede realizada la Nueva Alianza por medio del Señor Jesús con la predicación de su Evangelio, y la purificación y santificación de la humanidad, por la muerte y resurrección de Cristo y el envío del Espíritu Santo.

Resumiendo un poco esas características podemos decir: A los pobres se les anuncia la Buena Nueva; la libertad será un don del que todas y todos deben disfrutar; vuelve a reinar un verdadero sentido de la vida humana, de manera que todos los corazones heridos queden curados; la tristeza y el duelo se convertirán en cantos de alegría; quienes han vivido en el luto se convertirán en plantación del Señor para gloria de Él; quienes fueron desplazados sociales serán incorporados como constructores de justicia, y restauradores de ciudades en ruinas y escombros de generaciones anteriores. En base a esta Alianza, quienes construyen un mundo justo y sin mentiras donde se establezca con toda claridad la diferencia entre el bien y el mal, serán llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios (Cf. Is. 61,1-9).

Los profetas habían anunciado ya esos aspectos de la Nueva Alianza que Jesús viene a realizar con toda la humanidad, aspectos que alcanzan su plenitud con la redención realizada por Cristo. Pensando en todo esto ante Nuestra Señora de Guadalupe, podemos entender entonces el sentido que tienen las falsas alianzas que, inspiradas desde un corazón soberbio (Cf. Lc. 1,51), realizan quienes hasta el día de hoy establecen las estructuras políticas y económicas del mundo y de nuestra patria, a través de la corrupción y la mentira, para apropiarse y saquear los bienes públicos y disfrutar lujos a costa de la muerte social del pueblo de México. Es el caso también de los legisladores que se ponen al servicio de intereses mezquinos, destruyendo las leyes que garantizan el acceso a los derechos fundamentales de las y los mexicanos, y las convierten en instrumentos promotores de injusticias sistemáticas sin límite y medida alguna contra las y los ciudadanos.

En la alabanza que María dirige a Dios ante la prima Isabel, proclama como un hecho el derrumbe de los tronos y de las fortunas construidas a base de injusticias y violencia (Lc. 1,52). Ella es la Madre del amor, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza (Cf. Si. 24,24), y conoce muy bien que solamente lo que se construye fincado en la justicia y el derecho, permanece.

La fe que María tiene en Dios, es la que nos hace venir ante ella para seguir su ejemplo en nuestras propias decisiones de vida. Sigamos de la mano de María para darnos cuenta por nuestra fe, que con nuestra condición de sujetos recuperados por Cristo, a través de su Pascua, nos tenemos que hacer responsables de que la Alianza Nueva de sus frutos. Que México vuelva a ser de los mexicanos, nos compete a través de trabajos puntuales con nuestra propia honestidad, generosidad, el cuidado y respeto a la madre tierra, el apego a la verdad y a la justicia, y nuestra solidaridad con quienes más sufren, para recuperar el verdadero sentido de una sola Nación en la que todas y todos somos hermanos.